

gámoslo así, en la corteza, en cuyo fondo se ven cisuras que se dirigen al centro; algunas veces se ven manchas redondas, de un aspecto particular que no se habían observado antes de M. Colladon, y que merecen llamar la atención de los físicos. La hendidura ó arañazo llega hasta el suelo en las encinas, y se detiene por lo general á algunos decímetros de la tierra en los álamos y en los abetos.

Por último, el rayo salta al suelo y produce un fulminario de un diámetro interior de algunos milímetros si encuentra arena ó excavaciones más ó ménos extendidas en la tierra ordinaria.

Después de este exámen de hechos debe admitirse con M. Colladon, que frecuentemente *los árboles reciben una descarga muy violenta sin dejar huella alguna*; basta, en efecto, para que esto suceda, que el tronco sea buen conductor, es decir, joven ó cargado de sávia. En verdad, es difícil hacer constar el hecho, porque es en algún modo negativo; pero si se fija la atención de muchos observadores, se llegaría en breve á demostrar de una manera evidente.

A. NIAUDET.

(*La Nature.*)

## LA MUJER PROPIA.

LEYENDA DRAMÁTICA DEL SIGLO XVI.

(Continuación.) \*

### ESCENA XVIII.

DICHOS y el REY por el fondo.

REY.

Princesa,

¿mi venida os entristece?

PRINCESA.

(Disimulando á duras penas el enojo con que mira y habla al Rey.)

Señor, tal es y tal crece mi angustia, que ya no cesa ni ante Vuestra Majestad.

PEREZ.

Un hombre ha atentado alevé (Con calor.) á su respeto.

REY.

¿Quién debe morir?

PEREZ.

(¿Morir?...)

PRINCESA.

¡Oh! No... (Asustada.)

REY.

Hablad.

PEREZ.

(En un duelo, arriesgar puedo vida y honor y fortuna.)

REY.

Os he preguntado una vez quién es...

PEREZ.

Es... Escobedo.

REY.

¡Siempre ese hombre! ¿Y cómo vos no hallais el hecho glorioso?

PEREZ.

Sí... Es un hombre peligroso...

REY.

¿Ya confesais... ¡Gloria á Dios!

PEREZ.

Ya es preciso. El otro día encontré sobre mi mesa una carta á la Princesa, de Vuestra Majestad... (Ana mira á Perez con asombro.)

REY.

¡Mia!

¡Fué descuido! Pero... ¿osó leerla?...

PEREZ.

Y dió en sospechar...

REY.

¡Tambien osó adivinar que la habia escrito yo!

PEREZ.

Ese hombre es ménos necio, señor, de lo que aparenta.

REY.

Pues su discrecion...

PEREZ.

Intenta

venderla á un precio...

REY.

¿A qué precio?

Hablad sin interrupciones.

(A la Princesa. Perez medita.)

PRINCESA.

Perez se explica mejor (Confusa.) que yo...

PEREZ.

Si nuestro favor no apoya sus pretensiones, sacándole de su empresa con fortuna y brevedad... dirá á Vuestra Majestad, que sabe que la Princesa y Perez hacen traicion á su Rey; que... ¡que se aman!

(Cual si se asustára el mismo de la suposicion.)

PRINCESA.

¡Ved, señor, cómo me infaman! (Comprendiendo.)

\* Véanse los números 20, 21, 23, 24, 26, 27, 29 y 31, páginas 34, 84, 134, 187, 230, 287, 330 y 414.

REY.

Mi afecto en esta ocasion  
probaros de nuevo aguardo  
ya que habeis dado al olvido  
tan pronto lo sucedido  
el miércoles en el Pardo.  
Tal ha de ser mi venganza.

PEREZ.

Yo no conozco esa historia...

PRINCESA.

Abandonadme la gloria,  
señor, de vuestra alabanza.  
—Al comenzar el ojeo  
el Rey estaba á mi lado;  
cuando, de pronto, acosado  
por el rudo clamoreo  
que el eco hasta allí esparcía  
de las trompas, de la gente  
de caza, del estridente  
aullido de la jauría,  
un ciervo se nos presenta,  
intranquila la mirada,  
en los lomos embotada  
la gallarda cornamenta,  
rompiendo los matorrales,  
el espacio devorando,  
saltando airoso, nadando  
por los espesos jarales.  
Detúvose: olfateó  
el peligro ya lejano,  
y no advirtiendo el cercano  
á nosotros se lanzó.  
Pasó: el Rey bajó el dispuesto  
arcabuz, porque, movida  
yo á piedad, pedí la vida  
del fugitivo.

REY.

Y aquesto  
no puede apreciarlo más  
que un cazador.

PEREZ.

Verdad es.

PRINCESA.

Sálenle al encuentro tres  
subuesos, échase atrás,  
intérnase entre el ramaje  
que me oculta y me defiende,  
pasa, y con sus piés desprende  
una tira de mi traje...  
Doy un grito: el Rey la cuerda  
de nuevo al arcabuz cala,  
y mete al ciervo la bala  
detrás de la oreja izquierda.  
Vamos allá... El moribundo  
entre su sangre se agita...  
Nos siente llegar... palpita

todo él... Lanza un profundo  
gemido en que nuestros yerros  
parece que acusar quiere...  
me mira llorando... y muere  
desgarrado por los yerros.

REY.

Quien ha logrado que Europa  
á su mirada se apoque,  
no deja que nadie os toque  
ni aun al pelo de la ropa. (A Perez.)  
—Traedme á Escobedo, que quiero  
sondearle.

PEREZ.

(Con viveza.) Se marchó  
ya hace rato.

REY.

Al pasar yo  
por el corredor frontero, (Señalando al del foro.)  
estaba en conversacion  
con mis pajes: id por él.

PEREZ.

Voy... (Contrariado y saliendo.)

## ESCENA XIX.

La PRINCESA y el REY.

PRINCESA.

No será tan cruel  
el Rey en esta ocasion  
como en aquella...

REY.

No tanto...

con tal que el ciervo no raje,  
al paso que vuestro traje,  
algun trozo de mi manto.

PRINCESA.

Sí... El temor avisa...

REY.

A algunos.

## ESCENA XX.

DICHOS y PEREZ.

REY.

¿Viene?

PEREZ.

Espera.

REY.

Vos podeis

oir...

PEREZ.

Bien... (Con alegría.)

REY.

Y me excusareis  
relatos inoportunos.

PRINCESA.

Yo me retiro... Me siento

Mal...

(Tranquilizando á Perez y al Rey, que se acercan á ella con solicitud.)

—Inquieta... Disculpadme

con Juana. (A Perez.)

PEREZ.

Sí.

PRINCESA.

(Y avisadme

de lo que ocurra, al momento.)

(La Princesa se va por la derecha y Perez por la izquierda.)

### ESCENA XXI.

EL REY, en seguida ESCOBEDO por el fondo.

REY.

Un poco de calma.—Bien.

Escobedo. (Llamando y sentándose.)

ESCOBEDO.

Señor... (No;

quien fué mi amigo, no puede procurar la perdición de mi causa.)

REY.

Contestadme.

y no me mintais.

ESCOBEDO.

¡Señor!

El Rey pensando en quién es se ha olvidado de quién soy.

REY.

Pues... ¿quién sois vos?

ESCOBEDO.

Un soldado

que pocas veces entró en el Real Palacio, y sabe que el Rey prefiere la voz de la verdad al halago de cobarde adulación. Han trascurrido ocho dias desde que en Madrid estoy, y aún no he aprendido á mentir.

REY.

¿Aun no? ¿Estais seguro?

ESCOBEDO.

Aun no. (Con firmeza.)

Acostumbrado al peligro de morir, mi religion y mi conciencia me obligan á estar siempre bien con Dios. El señor don Juan de Austria, hijo del Emperador Carlos Quinto, y, por lo tanto, hermano...

REY.

Bastardo.

ESCOBEDO.

(Con doloroso resentimiento primero y despues con digna y respetuosa entereza.)

¡Oh!

Su origen no fué legítimo; pero sus hechos lo son. Y siendo sus hechos suyos, y siendo de tanta pró, engendrándole de nuevo la nobleza en su crisol, por sus hechos es legítimo hijo del Emperador!

Carlos Quinto no podia morir, y dispone Dios que viva el padre en el hijo, y en él vive... que es razon que al fin pague un hijo á un padre la vida que recibió!

REY.

Mucho amais á vuestro amo.

ESCOBEDO.

Es buenol

REY.

Si á su ambicion igualára su bondad, no pudiera ser mayor.

ESCOBEDO.

¿Quién la alimenta?

REY.

Eso quiero

averiguar.

ESCOBEDO.

Quien ligó los piés al águila ayer, porque andaba muy veloz, y extraña que con sus aias á los cielos suba hoy!

REY.

(Despues de dirigir á Escobedo una profunda mirada y con suavidad.)

No os entiendo.

ESCOBEDO.

Pues... haré

por explicarme mejor.

El Rey ha negado siempre á don Juan cuanto él pidió á su hermano.

REY.

Y... ¿qué ha pedido?

ESCOBEDO.

Fué su primera ilusion llamarse infante...

REY.

No quise

hacerle á ilusiones yo.

ESCOBEDO.

Todos le llaman «Alteza»

fuera del suelo español...

REY.

Fuera de él, el Rey de España  
no tiene jurisdicción.

ESCOBEDO.

Y es porque la lleva en sí  
con verdad y con honor,  
y nadie puede negársela,  
como nadie niega al sol!

REY.

Creo que algo más que «Alteza»  
quiso ser don Juan...

ESCOBEDO.

Señor,  
las almas grandes, renuncian  
un deseo á condicion  
siempre de mirar cumplido  
otro deseo mayor.

De infante va un hombre á Rey:  
de nada...

REY.

Puede ir á Dios.

ESCOBEDO.

¿A Dios?...

REY.

Desde la estrechez  
oscura de una prision.

(Escobedo comprende y levanta la cabeza.)

—Arrogantemente habla  
el activo embajador  
de don Juan.

ESCOBEDO.

Y mejor obra  
en Flandes quien le envió:  
quien, hecho á reñir, se mira  
en la dura precision  
de ser *político*

(Pronunciando la palabra con marcada repugnancia.)

cuando  
pudiera ser vencedor!

REY.

Séalo.

ESCOBEDO.

Dénle con qué.  
¡En Flandes está el honor  
de la patria! Nuestros tercios,  
gala del suelo español,  
abandonan tristemente  
los campos donde corrió  
su sangre, fecundizando  
con noble riego la flor  
inmortal de nuestras glorias,  
oprimida en la extension  
de dos mundos. Hoy nos vence  
¡la desgracia! hoy mi señor  
rinde al desaliento el ánimo

que el plomo no quebrantó.  
¡Mire el Rey que si perdemos  
las vidas en la ocasion  
que él de perderlas nos dá,  
él pierde y nosotros nó;  
más vive el que muere honrado  
que el que vive sin honor!  
—Dé el Rey á D. Juan recursos.

REY.

Los recursos deselós.  
la hacienda de los herejes  
que han buscado la cuestion.  
Fuera de que yo no quiero  
hacer servir su valor  
mas que para el bien de España.

ESCOBEDO.

¡Pero...

REY.

Mis vasallos son  
mis hijos: los quiero más  
que á mi hermano.

ESCOBEDO.

Y es razon,

¡pero...

REY.

Él pudiera á los suyos  
mirar con el mismo amor...  
y tengo ya suficientes  
enemigos hoy por hoy.

ESCOBEDO.

¡El Rey piensa que conspira  
don Juan!... (En la mayor excitacion.)

REY.

(Con reposo.) Piensa que sois vos  
quien le levanta de cascos.

ESCOBEDO.

¡Pues... si don Juan mi señor,  
conspirára contra Vuestra  
Majestad!...

REY.

¿Qué?

ESCOBEDO.

Si á un peñon  
puesto en mitad de la mar,  
se marchase el vencedor  
de Lepanto y comenzára  
á llamar gente... á su voz  
se reuniria un ejército  
debajo de su pendon!

REY.

¿Y con él qué haria?

ESCOBEDO.

¡Toma!

vencer ó morir si nó!

REY.

¿Y es ese peñon el Mogro

que hoy fortifica el señor  
y alcaide de su castillo  
don Juan de Escobedo?

ESCOBEDO.

(Con confusion y rabia.)

¡Yol...

REY.

Parece que los colores  
os saca la acusacion...

ESCOBEDO.

¡Sí! ¡pero el Rey no distingue  
la vergüenza del rubor!

REY.

¡Defendeos!

ESCOBEDO.

Al Rey toca,  
cumpliendo su obligacion,  
defender al inocente.

REY.

¡Y castigar al traidor!

ESCOBEDO.

¡Traidor!... (Como herido del rayo.)

REY.

—¡Perez!

### ESCENA XXII.

DICHOS y PEREZ, que se dirige al Rey esforzándose por permanecer tranquilo y esquivando la mirada de Escobedo.

ESCOBEDO.

(Me vendia

Antonio... ¡Qué necio soy!)

REY.

Recoged el nombramiento  
á ese hombre.

PEREZ.

Pero...

ESCOBEDO.

Dolor

me causa ser castigado  
injustamente... mas vos (A Perez.)  
hallareis justo que se una  
el vicio con la traicion.  
Carta tengo en mi poder  
que os delata por traidor...

PEREZ.

¡Mostradla!... (El Rey se sonrie.)

ESCOBEDO.

Perez... no es uno  
el oficio de los dos. (Con desprecio.)  
—Castíguenme... donde ultrajan  
la fama de un servidor  
como Ruy Gomez... no espere  
el bueno otro galardón.

REY.

¡Quién la ultraja?

ESCOBEDO.

(Mirando de reajo á Perez, que da un paso hácia él.)

Quien se mira

tan cerca del Rey... ¡que estoy  
por decir que es el Rey mismo!

(Movimiento de placer en Perez y de cólera en el Rey.)

quien debiera á la nacion  
dar ejemplos de...

REY.

(Asiendo á Escobedo del brazo y casi al oido.)

¡Si alguno

sospecha que he escrito yo  
una carta á la de Éboli...

(Escobedo mira al Rey espantado.)

y que la habeis leído vos...

ESCOBEDO.

¡Yol...

REY.

¡Salid!

ESCOBEDO.

(Pero... ¡qué es esto?)

REY.

Y líbreos de mi furor  
la fuga.

ESCOBEDO.

(Frente á palacio

me ha de hallar mañana el soll)

(Se va por el foro reposadamente.)

### ESCENA XIII.

EL REY y PEREZ. *Mucha rapidez.*

REY.

(Despues de una ligertísima pausa.)

Prendedme á ese hombre.

(Perez va á salir: el Rey le sujeta por el brazo y prosigue.)

Mi trono,

hasta mi reputacion,  
peligran... ¡Don Juan conspira!

PEREZ.

Es indudable, señor.

REY.

Es preciso escarmentarle!

PEREZ.

¿En cabeza propia? (Asustado.)

REY.

No!

En Escobedo.

PEREZ.

Un castigo...

REY.

Que baste para los dos.

PEREZ.

Pero... Un proceso...

REY.

Sí... es largo.

PEREZ.  
Puede hacer correr la voz...

REY.  
De mis flaquezas!

PEREZ.  
Y, á más,  
don Juan puede...

REY.  
En su temor  
de mirarse descubierto...

PEREZ.  
O en su desesperacion...

REY.  
Intentar algo...

PEREZ.  
¿Quién sabe?

REY.  
¡Y hay razon...

PEREZ.  
Sobra razon  
para matar á Escobedo.

REY.  
Sí: es necesario el rigor.

PEREZ.  
Y el sigilo.

REY.  
Y ¿quién pudiera  
aceptar la comision  
de...

PEREZ.  
(Despues de pensar un momento.)  
¿Antúnez el ballestero...

REY.  
Está ahí fuera.

PEREZ.  
Bien. Pues voy  
á hablarle... Mas... Necesito...

REY.  
¿Una orden?...  
(Vacilando un momento y yendo en seguida á la mesa, donde escribe precipitadamente en una hoja de papel, que entrega á Perez.)

¡Tomadla!

PEREZ.  
(Leyendo rápidamente y deteniéndose con satisfacción en la firma, que pronuncia con claridad.)

«Yo

el Rey.»

REY.  
Rompedla en seguida.

PEREZ.  
¡Sí! (Guardándola.) (¡No caeré en tal error!)

REY.  
Cuando Escobedo haya dado  
cuenta de su infamia á Dios,  
lleve Antúnez á doña Ana  
el ciervo, y sin dilacion  
venga á esta cámara y dígame  
que mis órdenes cumplió.

—Esa será la señal  
de la muerte del traidor.

PEREZ.  
¡Bien!

REY.  
Dentro de media hora  
aquí: el despacho de hoy  
es de interes.

PEREZ.  
(Saludando y saliendo por el foro: deteniéndose ántes un momento.)

¡Adelante!

REY.  
(Entrando por la derecha.)  
¿Por qué tiembles, corazon?

#### ESCENA XXIV.

*Un momento sola la escena. Está anocheciendo y se oye rumor de gente que pasa por debajo de la ventana, tocando guitarras y bandurrias, y produciendo algazara que va disminuyendo gradualmente: en seguida DOÑA JUANA por la izquierda.*

Algo extraño pasa aquí,  
y no sé si es el deseo  
forjándose un devaneo  
que acalle su frenesí;  
pero tengo para mí  
que en Antonio se prepara  
un cambio... Yo ví en su cara  
ira... y ví tambien sonrojos,  
y la señal que á mis ojos  
le defiende es la más clara.  
Suele el espíritu ser  
ante la verdad, rehacio,  
rebelde, y ella despacio  
va extendiendo su poder.  
Aguardar es menester;  
el tiempo su oficio hará;  
hoy con mis consejos, ya  
estuve imprudente yo...  
Sí: le humillé... y me humillé...  
¡bien empleado me está!  
Su corazon la virtud  
no esquiva; es que la cabeza  
comprime en él la grandeza  
y seca la juventud.  
Esa infame esclavitud  
de mis brazos no le escuda:  
cuando el mal en bien se muda  
mayor el trueque lo hace...  
¡Y no hay fé cual la que nace  
de las sombras de la duda!...  
Más tranquilo, más sereno  
el lago á estar se dispone  
despues que una piedra pone  
en conmocion todo el cieno.  
Tire la piedra el ajeno  
cariño con falso halago

y huya del daño el estrago...

Yo, sentada en la pendiente,

veré mi serena frente  
copiar al tranquilo lago.

Véndale el amigo infiel

que su deshonor procura,

y, en su error, ni se figura  
lo que está haciendo por él.

Muérdale el vulgo cruel,

agote insultos y apodos;

calúmniende de mil modos,

hagan de la infamia el gasto;

ódiénle todos: yo basto

para quererle por todos!

(En este momento vuelve á pasar el grupo de gente del pueblo por debajo de la ventana. Doña Juana va á ella y se asoma.)

Aún dura la animacion

de la pasada verbena:

aliméntese en la ajena

la propia satisfaccion.

Conténtate, corazon,

que de tí contento estás;

no ha de estarlo así jamás

quien con celos te importuna:

aquí hay fé y allí fortuna...

¡veremos quién puede más!

CÁRLOS COELLO.

(Se continuará.)

## BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

### Congreso de Lila.

#### LA ANTROPOFAGIA.

M. Girard de Rialle lee una extensa *Memoria de etnología comparada sobre la antropofagia*.

No cree que la antropofagia sea un hecho de la humanidad primitiva, y estima, por el contrario, conforme con M. Vogt, que es propio de pueblos relativamente cultivados. En cuanto á las causas atribuidas á esta práctica, las estudia y discute todas. El motivo en que se cita más generalmente es la necesidad en que se encuentra el hombre de comer un alimento animal, de consumir carne.

M. Girard de Rialle no acepta esta explicacion, y demuestra con ejemplos de los canibales de la mar del Sur (polinesios y melanesios) que en estos pueblos, la antropofagia no ha nacido de la necesidad, puesto que poseen numerosos objetos de alimentacion; y la introduccion de cerdos domésticos entre los Maoris de la Nueva Zelanda no les ha hecho perder la aficion á la carne humana, aun en el estado social bastante avanzado á que han llegado.

En el exámen que hace de ciertas escenas de antropofagia de Nueva Caledonia, M. Girard de Rialle encuentra como móvil importante y determinante el sentimiento de la rabia y de la venganza, ejercida por el vencedor sobre su enemigo vencido. Despues comen con delicia la carne humana, y, aplacado el sentimiento de la cólera, viene

el sentimiento gastronómico. La carne humana es, segun parece, excelente. Juvenal lo ha dicho:

...*Sed qui mordere cadaver*

*Sustinuit, nil unquam hac carne libentius edit.*

Los neo-caledonios la encuentran mejor que la de cerdo ó vaca. Ciertos pueblos llevan el canibalismo hasta el mayor refinamiento. Los Fidjianos unas veces hacen cocer los hombres vivos, y otras los dejan que lleguen al estado de putrefaccion. Los caraibos crian los hijos de las mujeres cautivas, los castran, los ceban y los comen despues en las grandes ocasiones.

Ciertos *Scoti* llegados á Galia en tiempos de la juventud de San Jerónimo, y antropófagos por aficion, cuando encontraban rebaños en los bosques se comian los pastores mejor que los animales, y preferian las nalgas de los jóvenes y los pechos de las mujeres. Esto condució al autor á citar numerosos pasajes de los antiguos escritores clásicos referentes á la antropofagia de los bretones de Irlanda, á los scitas, á los massagetes, á los egipcios; é indica tambien ciertos pasajes de la Biblia que implican la existencia de la antropofagia en los pueblos semíticos de la Palestina y de la Siria.

M. Girard de Rialle enumera con este motivo algunos casos de antropofagia, meramente esporádicos, en la Europa moderna, y que no son, en verdad, sino casos de locura morbosa ó supersticiosa. Una de las supersticiones más extendidas en el mundo y que puede ser una de las causas de la antropofagia, es la creencia de que, comiendo un sér, se asimila uno las cualidades del mismo, y comiendo un órgano se aumenta considerablemente la potencia del órgano equivalente. Esto sucede entre los australianos, por ejemplo, y sin embargo, no se les puede considerar como antropófagos propiamente dichos, como tampoco se consideran los chinos que atribuyen propiedades mágicas extraordinarias á ciertas partes del cuerpo humano.

La antropofagia es, pues, como ha dicho M. Vogt «uno de los usos más generales, y por lo tanto necesarios, de todo desarrollo de la civilizacion humana; y las tribus entregadas al canibalismo están, por lo general, más adelantadas en agricultura, artes, legislacion, etc., que las tribus vecinas que rechazan sus horrores.»

M. Girard de Rialle pasa revista á las diferentes partes del mundo, y prueba su manera de ver con una abundancia de hechos irrecusables. Cita la demostracion de M. Schaaffausen acerca de la forma de los dientes del hombre, y de los grandes monos antropomorfos que no son carniceros. Nada tiene de sorprendente que el hombre, una vez carnívoro, haya sido llevado al canibalismo, no haciendo naturalmente diferencia ninguna entre su enemigo y las bestias feroces que combatia. Tambien la antropofagia fué practicada en las épocas prehistóricas, y particularmente en la edad, ya un poco civilizada, de la piedra labrada. En resumen, el odio y la glotoneria son los principales móviles de la antropofagia; y, segun M. Girard de Rialle, es muy secundario que esta costumbre haya llegado á formar parte integrante de una religion; no habiendo nada mejor que la carne humana, era natural que ésta fuere la ofrenda más preciosa á los dioses.